

ALFAGUARA



Gabi Martínez

Voy



ALFAGUARA



Gabi Martínez

Voy

www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Citas](#)

[Elsa](#)

[Tina](#)

[Míster Vil y Yolanda](#)

[Wang](#)

[Harry](#)

[Jose](#)

[Elsa](#)

[Ella](#)

[Despedida](#)

[Un agradecimiento](#)

[Nota de la conversión](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Ya no anhelo paisajes ideales ni deseo conocer al dios de la ciudad. No lo considero una pérdida.

V. S. NAIPAUL

Id a algún sitio al que sea difícil llegar. Intentad contar algo que os importe.

DAVID FOSTER WALLACE

Elsa

Si me interesa especialmente el viaje de su exmarido a Italia, es porque fue el primero de varios días de duración que hizo con usted. Tiene algo de viaje original, de principio de muchas cosas.

Él ya había hecho viajes solo, el principio de todas esas cosas lo encontrarás en sus notas.

El problema es que no tengo acceso a la mayoría de ellas. Por eso, como le comenté por e-mail, intento reunir toda la información posible sobre él a través de la gente que alguna vez le acompañó en un viaje.

Y con eso quieres escribir un libro.

Sí. Y, quizá, emprender su búsqueda. Los datos que me den sus compañeros me podrían ayudar a deducir sus movimientos.

No me vengas con tonterías, esto no es un juego. Pronto hará un año sin noticias de él. Con toda la tecnología y los medios de comunicación actuales..., después de un año, o está muerto o no quiere que lo encuentren. Si resulta que está vivo y cumples tu idea con éxito, verte no le va a hacer ninguna gracia.

Por cómo habla, cualquiera diría que no quiere que lo encuentren.

(Silencio.)

Has venido para hablar de Italia, ¿no? No sé si voy a poder ayudarte mucho. He compartido dieciocho años de viajes con él, podría contar con detalle historias de Malta, Croacia, Azores, Shanghái, Nueva York..., pero Italia queda ya muy lejos... Me acuerdo de instantes, sensaciones... Fue un viaje en tren. Ha habido muchos trenes. No sé, ¿por dónde empiezo?

¿Habían hecho algún viaje tan largo antes?

Cuando nos escapamos a León un fin de semana para celebrar los carnavales. Fue una paliza, toda la noche en uno de aquellos trastos lentísimos. Aunque sabíamos entretenernos. Pasamos un buen rato imaginando qué haríamos con los disfraces que llevábamos en las mochilas. Creo que eran de romanos, al menos recuerdo túnicas y una especie de peto. La cuestión es que a base de fantasear terminamos haciendo el amor en el lavabo. Era todo emocionante. ¿Qué teníamos: diecinueve, veinte años? Y mis padres pensando que estaba con una amiga, como en las películas malas. En aquella época estaba harta de la presión en casa, sentía que mis padres no tenían en cuenta mis deseos y la Navidad anterior había ocurrido algo que me hizo ver claro que debía empezar a tomar iniciativas por mi cuenta.

Gabi vino a casa para regalarme un cachorro de perro, pero mis padres no dejaron ni que traspasara la puerta. Se quedó ahí, en el umbral, con el perro en brazos escuchando a mi padre decir que no podíamos aceptarlo debido a los problemas nerviosos de mi madre. Yo seguía la conversación desde el final del pasillo porque me obligaron a quedarme dentro; era una charla entre hombres. Ahora lo pienso y me parece muy sensato el rechazo de mis padres, un piso urbano no es lugar para animales de cierto tamaño,

pero en aquel momento me dolió, aunque a Gabi le afectó aún más. Él siempre había tenido perro en casa y los consideraba compañeros naturales de las personas, alguien más de la familia. Creía que te ayudaban a ser mejor y por eso aquel regalo tenía un significado importante para él. Lo compró con los pocos ahorros que guardaba y había dedicado mucho tiempo y mucha ilusión a conseguir el perro.

Le costó digerir la negativa, aunque nadie lo habría dicho mirándole a la cara. Encajó el discurso quieto en el umbral. Desde el final del pasillo veía a Gabi alternando las miradas al perro y a mi padre. Al perro y a mi padre. Frío, sin abrir la boca.

—Muy bien —fue lo único que dijo antes de despedirse.

O sea que la escapada a León fue una especie de venganza.

Eres un poco atrevido con tus comentarios.

Pero es así, ¿no?

Te equivocas. Al menos por mi parte, te equivocas. Yo necesitaba algo tan común como salir, ver otras cosas, saber que podía arreglármelas lejos de casa. Mis padres eran los que me impedían hacerlo, y eso me predispuso en su contra durante una temporada. Una historia vulgar. A mis hermanos y a mí nos educaron al viejo estilo, con horarios rígidos para volver de fiesta, obligados a dar siempre la razón a los mayores, estudiar disciplinadamente con la idea de conseguir un trabajo fijo lo antes posible... Todo muy como-debe-ser. Mi familia es conservadora. Mi padre era un publicista hecho a sí mismo que pasó de crecer en una familia muy modesta a diseñar campañas comiendo con grandes ejecutivos en Au Pied de Cochon de París, y tenía el anhelo de que sus hijos siguieran escalando peldaños en

la cadena social. De modo que la irrupción de aquel aprendiz de periodista con pésimo gusto para elegir una ropa que además muchas veces era obviamente de segunda mano no fue la mejor de las noticias. No me expresaron su desagrado, pero desde luego que entre las opciones imaginadas el perfil de Gabi no estaba. Normal. Por si fuera poco, cuando alguna vez se encontraron, Gabi se mostró correcto pero..., cómo decirlo..., soberbio. Si se sentía incómodo por lo que fuera o percibía que no era bien recibido, se convertía en el mudito orgulloso, y ése fue el papel que adoptó con mis padres. Callaba mucho mientras lo miraba todo y por eso inquietaba a la gente de alrededor, incluso a su familia. Era de ese tipo de personas del que puedes pensar que son idiotas, antisociales... o, bueno, si te gusta, decides que tienen un increíble mundo interior y por eso les cuesta relacionarse. Yo escogí la última opción, claro, me había enamorado de él.

Lo del amor fue rápido. Me gustaba, quiero decir que me parecía atractivo, y cuando hablábamos..., no sé... Creo que sobre todo me atrajo su ambición, la idea de romper con todo que transmitía y que entonces me parecía tan sugerente... No sabía muy bien qué quería hacer, pero buscaba salirse de lo esperado. Por ejemplo, como no se conformaba con una cama para el sexo, lo hicimos varias veces escondidos en jardines públicos, en edificios a medio construir, en vestíbulos de porterías, en el rompeolas, en descampados, yo qué sé... Lo inusual le hacía sentir bien y cuando propuso escapar a León lo interpreté como un paso lógico de nuestro noviazgo. Dos chicos jóvenes se las apañan para pasar un fin de semana a solas. No hubo más que eso en la aventura de León. Es muy retorcido pensar que fue una revancha..., no me lo había planteado hasta ahora. ¿Cuánto hace que trabajas como periodista?

Cuatro años.

Eres chileno, ¿verdad?

Tiene buen oído.

El primer jefe de Gabi fue un chileno y tengo ese acento clavado. Durante dos años, su voz estuvo en todas partes, la oía cuando menos lo esperaba, cuando no quería oírla. Su jodida voz.

¿Cómo se llamaba ese periodista?

Mateo. Fue el último reportero que entrevistó a Salvador Allende. Lo hizo mientras el presidente se defendía en el Palacio de la Moneda, creo que aún tiene metralla incrustada de aquel tiroteo. Pero ¿tú no has venido a hablar de Italia?

No importa. Creo que esto puede ayudarme. ¿Puede contar algo más sobre ese hombre?

No me hace mucha gracia... No sé cuántos años hará que no pensaba en él, pero es mencionar su nombre y sentirme incómoda otra vez. De todas formas, la historia de Mateo es buena, de las que merecen ser contadas. Era un exiliado. Después del golpe de Estado en Chile pasó cerca de veinte años viviendo en el extranjero, y poco antes de recibir el permiso para volver a su país se instaló en Barcelona, se enamoró de la ciudad y montó un diario en Els Quatre Gats, ese restaurante donde se reunían Picasso, Ramon Casas y muchos pintores modernistas. El restaurante aceptó financiar un periódico que ofreciera informaciones culturales e incluyera el menú del día en la contraportada. Hay que reconocer que fue una idea brillante. Gabi acababa de volver del servicio militar y estaba ansioso por reto-

mar los estudios de periodismo y, sobre todo, por hacer algo útil después de un año obedeciendo órdenes, así que...

He leído en alguna parte que fue bibliotecario del ejército.

En Huesca. Su brigada se encargaba de los servicios del cuartel, también de las guardias. Cada mañana salía a correr, se puso tan en forma que fue seleccionado para competir en los cien metros en los campeonatos nacionales de atletismo entre cuarteles. El resto de la jornada leía. Lo de mantener en forma cuerpo y cabeza durante un año le marcó, y desde entonces durante toda su vida ha intentado cuidar ese equilibrio... Pero a lo que iba: *Quatre Gats Diari*. El diario lo dirigía Mateo y lo diseñaba una chica unos veinte años más joven a la que Mateo se follaba y explotaba sin miramientos. El despacho era la casa de Mateo, en una callejuela infecta del Borne, y ahí tenía una impresora de gama alta que le permitía sacar unos mil ejemplares del periódico por hora. Era lo que solían publicar, mil ejemplares, excepto los días que visitaba el restaurante una reina o un político y hacían un DIN A3 en lugar del típico DIN A4. El día que charlaron con Octavio Paz lanzaron una edición especial de ocho folios y tiraron cuatro mil ejemplares.

Cuatro mil ejemplares son muchos. Dice que la impresora era de gama alta...

Supongo que Mateo la pudo comprar con los ahorros que guardaba de su época de periodista estelar en Chile. Por lo visto, allí era un reportero muy prestigioso, quizá el más popular del país, y en sus años dorados juntó un buen montón de dinero. De cualquier forma, el *Quatre Gats* daba un trabajo enorme. Dos personas no bastaban para lanzarlo, y fue entonces cuando se asomó Gabi dispuesto a

trabajar a destajo, el tiempo que hiciera falta y aceptando como pago comer cada día en el restaurante. Ése era su sueldo. La comida.

—Está bien que te paguen con comida, pero deberías pedir algo más —le dije cuando me lo contó.

Él estaba orgullósísimo después de ver su firma en letra impresa por primera vez y ni siquiera iba a discutir por la minucia del dinero.

—Mira —dijo, y me enseñó una acreditación casera donde se leía en letras enormes: PRENSA—. Con esto me voy a colar en todas partes. Voy a tener acceso a todo.

Y fue verdad. Igual iba a un concierto que asistía a una rueda de prensa de un escritor de relumbrón, aunque el primer acto oficial al que acudió acreditado fue a la comida de prensa donde presentaban una expedición que iba a dedicar un año a cruzar América de punta a punta. Volvió entusiasmado. Le impresionó el director de la expedición, un tipo alto, guapo, fuerte, el símbolo del aventurero.

—Con ese cuerpo no podía ser otra cosa —me dijo.

Pensé que él quería ser alguien así, que envidiaba a aquel viajero, y percibí tan intenso su deseo de imitarle que me irritó. No me había pasado antes, aunque hablaba de viajes y expediciones cada dos por tres, siempre imaginando escapadas a Mongolia, Sudán, Nueva York... Pero al escuchar cómo hablaba de aquel hombre..., no sé..., por primera vez vi en el viaje a una especie de rival. ¿Cuánto le importaba yo si estaba pensando todo el tiempo en largarse? Teníamos veintiún años, yo había encontrado un empleo decentemente pagado coordinando grupos de personal en una buena empresa y aunque seguía estudiando Publicidad, empecé a calcular cuándo podría marcharme de casa. Y marcharme quería decir marcharme con él..., pero Gabi no tenía dinero ni perspectivas de ganarlo. Tenía ilusión, eso sí. No sabía muy bien por qué, hacia dónde enfocarla, pero ilusión le sobraba. Aunque, si debía guiarme por las reacciones, sus ilusiones no coincidían del todo con las mías. Más bien me daba motivos para pensar que en el

momento en que consiguiera reunir un poco de dinero lo iba a invertir en cualquiera de sus historias en lugar de irse a vivir conmigo.

Menuda trampa, la ilusión. Por una parte, te empuja, es un motor, una luz fascinante. Pero esa luz se va consumiendo, y como no encuentres pronto la forma de mantenerla encendida, su desaparición te puede hundir. Y entonces te pasas los restos viviendo en el recuerdo de lo que pudo ser, de lo que no se cumplió... Pero es que su ilusión era contagiosa, me arrastraba con ella. Yo misma me preguntaba a veces por qué le seguía.

Bueno, el amor...

Lo mitificaba. Desde el principio fue así. Creí en él de una forma desmesurada, aunque supongo que no se puede creer de otra forma. Construí mi propio mito y supongo que eso me ayudó a relativizar sus desprecios, a intentar comprenderle como nadie más ha hecho ni hará. Dieciocho años con él. Nadie lo va a conocer mejor que yo. No importa que otra pase a su lado más años porque yo sé de dónde viene, cómo era, y en qué se convirtió. Y lo hice mito, sí. Ahora casi me río, pero sólo quien mitifica ama, y yo lo hice. Sólo eso explica que no rompiéramos durante los dos años horribles que trabajó con Mateo. Y no exagero. ¿Conoces la sensación de estar con alguien que no está? Él iba a lo suyo. Adaptó la disciplina del ejército a la de su día a día, y se concentró en el objetivo de aprender a escribir.

Aún vivía con sus padres, así que se levantaba a las seis para hacer *footing*, también en invierno, desayunaba, iba a imprimir el periódico, lo repartía él mismo en la calle, comía en el restaurante, salía a buscar noticias, las escribía, y si le sobraba un rato, quizá me llamaba. Incluso los fines de semana salía a buscar noticias o a charlar con Mateo, que se convirtió en una especie de gurú para él. Gabi estaba obnubilado con su trayectoria, con sus historias espectacu-

lares. Mateo le contaba cómo se había hecho encarcelar durante la dictadura de Pinochet para escribir una serie sobre la cárcel por dentro, o que Truman Capote le agarró del paquete cuando se conocieron en Miami. Sabía cómo ganarse a un chaval hambriento de experiencias, con ganas de todo. El colmo fue la noche en la que llegó hablándome de la familia de aquel infeliz.

—Mateo dice que le recuerdo mucho al hijo que tiene en Chile.

—Y qué quiere, ¿adoptarte? —se quedó callado, no le gustó mi hostilidad—. No me parece el padre ideal. Su mujer no quiere ni verle, será por algo.

—Pasó muchos años fuera de Chile, es lógico que se divorcieran.

—¿Y por qué no se fue con él al exilio?

Ahí tampoco supo qué responder. Da igual, porque siempre se lo montaba para excusarle. Era consciente de que había algo oscuro en Mateo, pero le costaba ceder ante mí. Yo pertenecía al universo de los que no comprendían, de la gente vulgar, los normales sin más aspiración que trabajar-comer-ver la tele-celebrar las fiestas de guardar en familia, mientras que Mateo le abría las puertas del gran mundo. Le hacía pensar en viajes, en periodismo de investigación, en poesía, porque aquel desgraciado tenía a Neruda en la boca cada dos por tres.

—Me ha dicho que intente entender a mis padres pero que sea consciente de que ellos han contado con los medios que han contado y no llegarán más lejos de donde han llegado. Dice que un día deberé elegir entre el mundo que ellos me proponen y el que yo quiero. Y que no puedo tardar en hacerlo.

No lo podía creer. El muy cabrón quería ocupar el lugar de su padre. ¡Quería adoptarlo de verdad!

—¿Qué le has respondido? —pregunté.

—Yo escucho. No digo nada. Muchas veces le dejo que hable, puede pasarse media hora hablando sin parar.

—Y aún te parecerá lógico lo que dice, claro.

—En algunas cosas tiene razón...

¿Razón? ¿En qué cosas tenía razón? ¿En que los que se habían roto la espalda por criarle eran un pintor y un ama de casa condenados a no prosperar y por eso debía alejarse de ellos? ¿En que debía abandonar a la pareja que le había apoyado enviándole hasta tres cartas por semana durante aquel año asqueroso encerrado en el cuartel? Gabi no me lo iba a expresar así, pero yo sabía que Mateo le estaba animando a dejarme. Le decía que no se acomodara en la relación, que tenía mucho por vivir, mujeres por probar, que debía desprenderse de los lastres para disfrutar del mundo a fondo, y toda esa retórica tan barata pero eficaz a cierta edad. Gabi no me dijo nunca todo esto, quiero decir que no me lo dijo de una forma tan directa, pero cuando alguna vez coincidíamos en cualquier acto los tres, podía notar la tensión de Mateo, su desagrado porque yo estaba cerca. La boca se le torcía al sonreír, no era bueno fingiendo... Al menos eso lo hacía un poco más humano.

La frustración por el fracaso de su matrimonio y por haber destrozado su vida sentimental a cambio de ser un gran periodista le había convertido en un resentido que no quería reconocer el desastre de su modelo y por eso aspiraba a eternizarlo: debía encontrar un heredero, alguien que hiciera las cosas tan lamentablemente como él, y había decidido que al fin lo tenía. Quería engullir a mi amor, llevárselo con él a sus jodidas cavernas llenas de lucecitas que decían éxito, fama, dinero. Pero yo no lo iba a permitir. De todas formas, me preguntaba cómo Gabi podía ser tan torpe y ciego, tan maleable. Cómo alguien a quien consideraba despierto y que a menudo me estimulaba con ideas y asociaciones originales se estaba dejando apartar de sus afectos por un recién llegado.

No podía creer que compartiera las ambiciones de su jefe, sus delirios de grandeza, y preferí atribuir el distanciamiento entre nosotros a su pésimo olfato para deducir las intenciones últimas de las personas, supongo que porque ni siquiera sabía cuáles eran las suyas. Cargaba tantas dudas e inseguridades que la intuición no le funcionaba en la vida social, y por eso le resultaba difícilísimo juzgar a un ex-